

SOL

DE SINGRA (TERUEL)
PERSONAL OBRA PICTÓ-
GRÁFICA DE MÁS DE

Francisco Fuertes

agón: Alquézar, Albarracín o
nel. En su casa estaban un poco
quietos con su futuro. Su madre
precía protegerle un poco más,
ro su padre le sugería que se
scase un oficio de mayor por-
tir. Por eso, tal como relata su
rmana Manuela, desde 1964,
abién alternó sus estudios de
e con el aprendizaje del oficio
tornero en el Centro Sindical
Formación Profesional Acele-
a; obtuvo el título en 1967. A la
crecía como artista: ganó al-
nos premios, recibió algunas
idas y participó en colectivas
Francia, en compañía de pin-
es como el citado Virgilio Al-
c y Ángel Aransay, entre otros.

os en Barcelona

da esta actividad, en buena par-
se vio mitigada por su ingreso
el servicio militar. Al regresar,
existencia iba a cambiar radi-
mente: se trasladaría a Barcelo-
y allí ampliaría sus estudios: se
pecializará en policromía y reta-
o, haría nuevos cursos de pintu-
y hacia 1975 se matriculó en la
uela de Bellas Artes de San Jor-
donde obtuvo el título de pro-
or de dibujo, que le permitió
partir clases en Escuelas Pías de
ría, entre 1983 y 1987. La expe-
ncia no le dejó buen sabor de
ca: solía decir que «los chicos
n tan repelentes como sus pa-
es. A mi hermano le apasionaba
madera: la decoración de mue-
s, la ebanistería, la policromía,
...». Eso se verá en sus trabajos
cultóricos, que elaboraba me-
nte planos y cilindros con un
e aire de construcción cinética.
1988, dijo: «Estas piezas son
y grandes, son de madera, una
e construidas en yeso, de forma
e consigan una cierta textura,
plateo con plata fina, después
quemo con un corrosivo, les
y goma laca y las patino, de es-
manera queda un acabado muy
gradable, pues parece metal».
Francisco Fuertes era más bien
ervado, hablaba poco y sentía
mucho, y tenía mucha creativi-
d. Siempre tenía detalles con
suyos. Cuando regresaba a ca-
se dejaba ver poco. Ernesto
rillas ha visto con mucha aten-
n su obra —que ha expuesto en
onreal del Campo— y destaca
s colecciones muy distintas de
ografías: una de gente de la ca-
mendigos, desharrapados, so-
rrios; a su cámara le había des-



A Francisco Fuertes le apasionaban las montañas: ahí probaba su pericia con el dibujo. ARCHIVO FAMILIA FUERTES



El artista, con unos amigos. FAMILIA FUERTES



Uno de sus característicos árboles, como esculpido.

TUALES DE SOL

viado el objetivo: parecía mirar
hacia un sitio y captaba otro para
no violentar a nadie. Y también
hay otras fotos de movimientos.
El mismo revelaba y confecciona-
ba sus propios álbumes.

La presencia del dibujo

En su producción es muy impor-
tante la presencia del dibujo, que
registra dos líneas nítidas: las ro-
cas y los árboles. Utilizaba todo
tipo de técnicas (lápiz, carbonci-
llo, grafito), y lograba una sensa-
ción de volumen esencial, casi es-
cultórico. Árboles y rocas forma-
ban parte de los paisajes de la me-
moría, eran símbolos que lo vin-
culaban a un espacio.

Otro profesor y artista como Jo-
sé Prieto define así su pintura:
«Fuertes, en sus lienzos, no pre-
tendía describir lo anecdótico, o lo
particular, sino quedarse con la
esencia. Le interesaba, el ritmo de
los caminos, los surcos, los sende-
ros, los límites de los sembrados y
los perfiles de las montañas, que
en su obra cobran una gran impor-

LAS ANÉCDOTAS

El árbol y la intimidad. En 1988,
Francisco Fuertes fue objeto de
una entrevista que no se publicó y
que ha rescatado la familia y el
Centro de Estudios del Jiloca. Di-
jo entonces: «Me gustan los árbo-
les. Y con bastante frecuencia ha-
go dibujos sobre árboles que no
existen en la realidad. (...) cuando
han pasado unos días y miro aque-
llos dibujos, me hacen ver con una
gran claridad sentimientos que en
un momento dado han existido en
mí interior».

Ausencia del hombre. El ser hu-
mano no aparece en su obra. Esta
sería la razón: «Si me encontrara
a gusto en la sociedad que me to-
ca vivir, pues, posiblemente, pon-
dría a alguno de sus miembros en
mis cuadros. Pero, como detesto
esta sociedad, mis cuadros se con-
vierten en un espacio donde no
entra el hombre, sino el espíritu».

tancia, definen la imagen e impo-
nen a su pintura una estructura ca-
da vez más abstracta. En ocasio-
nes, el horizonte aparece en la par-
te superior del cuadro, convirtien-
do el lienzo en el campo de bata-
lla de las masas cromáticas, que lu-
chan en esta superficie, sin la opo-
sición de ningún elemento figura-
tivo». La obra acusa en ocasiones
rasgos impresionistas, aunque
pronto vemos que está inscrita en
otra estética más próxima a la Es-
cuela de Vallecas y a la Escuela de
Madrid.

Hubo un instante en que su vo-
cación artística era tan incontes-
table, recuerdan su hermana Ma-
nuela y el profesor Ernesto Utri-
llas, que decidió centrarse solo en
su obra. Cada vez le gustaba más
la labor de taller. Eligió la libertad,
trabajaba de camarero los fines de
semanas para disponer del resto
del tiempo. Y así lo hizo, con au-
téntico fervor, hasta que una do-
lencia de riñón acabó con su vida
a los 48 años.

ANTÓN CASTRO